

todas sus necesidades, especialmente en las que ocurren de repente y como de sorpresa, y que el mejor eran las llagas de nuestro Señor y el manto sagrado de la Virgen. Preguntándole un día de qué medicinas usaba en sus tribulaciones, respondió: De cuatro, que son la oración, la ocupación, la paciencia y el regazo de María. Todos los días rezaba el rosario con tan devota atención, que muchas veces le acontecía no ver siquiera á los que pasaban ó le saludaban. Había recopilado de diferentes autores las alabanzas de la Virgen, y á cada paso echaba mano de ellas; pero en especial meditaba las doce virtudes principales de nuestra señora cuando rezaba la corona de las doce estrellas. Acostumbraba decir nueve veces al día estas palabras: *Beata viscera Mariæ virginis, quæ portaverunt æterni Patris filium*; arrodillándose siempre que las decía.

VII. Pero la época mas favorable de todo el año para que su corazón tomara vuelo, era la de la recreación despues de acabado el curso. Por el camino iba rezando el oficio de la Virgen y la letanía lauretana, conversaba con nuestra señora ó discurría acerca de sus incomparables méritos con los otros; y esta era su mayor recreación. Si encontraba algunos particularmente devotos de María, su gusto era trabar una especie de competencia sobre quién la alabaría y ensalzaria mas. ¡Cuánto se le ocurría entonces! Muchas veces no sabiendo ya los otros qué decir y habiendo agotado la materia, él continuaba con extraordinario gozo y con tanta copia, que antes le faltaba el tiempo que el modo. Dormía como buen soldado de la Virgen con el rosario en el brazo, y al fin de su vida le llevaba colgado al cuello. Ayunaba todos los sábados y siempre añadía al ayuno alguna otra mortificación, porque en tal día nació y entró en la Compañía. Había hecho voto de defender perpetuamente la inmaculada concepción

de nuestra señora, con tal que la iglesia no definiese otra cosa, y que el primer libro que compusiera seria del mismo asunto. Ya tenia formado el plan y anotaba cuidadosamente en los libros de los santos padres y demás que leía, cuanto podia servirle para aquel. Cuando deseaba alcanzar algo de nuestra señora para si ó para los otros, lo escribía en un papel añadiendo algun voto que se obligaba á cumplir cuanto antes, por ejemplo rezar algunas partes de rosario ú otras oraciones: despues ataba este papel á una imagen de la Virgen, se ponía á hacer oración y por lo comun conseguía lo que habia pedido. Finalmente por no ser mas largo pondré las devotas palabras que se encontraron escritas de su puño: «Nunca tendré descanso mientras no alcance un tierno amor á mi dulcísima madre la bienaventurada vírgen María.»

VIII. Véase si el amor es ingenioso y si son admirables sus invenciones. Pero si deleita leerlas ú oirlas referir, aun deleita mas experimentarlas. ¡Qué dichosas son las almas á quienes Dios ha hecho la merced de conceder en porción tan santos y devotos sentimientos! Abriguense por siempre en el seno de la madre del amor hermoso, y allí esten libres de todas las fatales ocasiones con que tropezamos en este valle de lágrimas.

S. III.—El tercer rasgo de amor es gozarse de sus perfecciones y compadecerse de sus dolores.

I. El devoto S. Anselmo da un privilegio singular al amor cordial de la madre de Dios diciendo que el que ha gustado la dulzura de él, puede esperar tener parte en los méritos de la Virgen santísima. Juzgo que este privilegio corresponde al sentimiento de que voy á tratar, mas bien que á los otros por el interés que toma en el bien y en el mal de aquella celestial princesa.

II. Este sentimiento es como un árbol bueno que produce muchos frutos buenos: el primero es recordar á la Virgen los gozos que tuvo en el cumplimiento de los misterios de nuestra salvacion, y las grandes cosas que obró Dios en ella. Deseando un dia santa Matilde ofrecer á nuestra señora alguna cosa que le fuese agradable, le dijo la madre de bondad: «Hija mia, recuérdame el gozo que tuvo mi corazon cuando el hijo de Dios salió del seno del eterno Padre como un esposo del tálamo nupcial para bajar á mis entrañas. Recuérdame ademas el gozo de que fui inundada cuando saliendo ese mismo hijo de mis virginales entrañas fué para mí un hijo de cariño y regocijo.»

III. El glorioso mártir santo Tomás Cantuariense acostumbraba saludar todos los dias á la Virgen con siete Ave Marias en conmemoracion de los siete gozos que sintió estando en la tierra; es á saber, la santa dilatacion de su corazon cuando la embajada celestial del ángel, la visita á su prima santa Isabel, la natividad del Verbo, la adoracion de los magos, el hallazgo del niño perdido, la gloriosa resurreccion y la ascension triunfante de Jesucristo. Queriendo la Virgen manifestar á su fiel siervo el gusto que tenia en esta devocion suya, se le apareció un dia y le dijo: «Hijo mio Tomás, he querido venir á verte para asegurarte que me agradan tus servicios y parabienes; pero ¿por qué no me hablas sino de los gozos que sentí cuando vivia en la tierra? ¿No crees que los que siento ahora en el cielo, son mayores sin comparacion? Pues sábetelo que todo el que los recuerde con reverencia, me hallará propicio á la hora de la muerte, porque entonces le daré gozo y consuelo y le llevaré yo misma ante el tribunal de mi hijo.» Santo Tomás respondió que con muchísimo gusto cumpliria aquel deber, pues ella se dignaba de aprobarle; pero que no teniendo bastante conocimiento de los

gozos que experimentaba la Virgen en el cielo, no estaba en su mano el darle el parabien de ellos. A esta proposicion replicó la Virgen: «Para que no puedas alegar ignorancia, te prevengo que digas de este modo: Me congratulo, ó santa señora, de que debajo de la santísima Trinidad no hay ninguna simple criatura á quien no excedas en gloria. Me congratulo de que la corona de tu inmaculada virginidad se aventaja á la de todos los órdenes así de los ángeles como de los hombres. Me congratulo de que los resplandores de gloria que salen de tu rostro celestial, iluminan cual hermoso sol á la santa Sion. Me congratulo de que todos los ciudadanos del cielo te reconocen y honran como á la digna madre de Dios. Me congratulo del poder que tienes sobre la voluntad de tu amado hijo, de quien nunca eres mal despachada. Me congratulo del medio que tienes de adelantar á tus fieles siervos. Me congratulo de que tu gloria recibe y recibirá siempre algun aumento en el discurso de los siglos y de que el honor que recibes en la ciudad de los bienaventurados, durará tanto como la eternidad.»

IV. El B. Herman, religioso dominico enviado por el santo fundador á Polonia en compañía de S. Jacinto, se enternecía extraordinariamente siempre que penetraban en su corazon estos dulces sentimientos de congratulacion. Bendecia el seno de la Virgen, donde estuvo encerrada toda la grandeza del cielo por espacio de nueve meses. Bendecia su amable corazon, que fué el santuario de todos los principales misterios de nuestra fé. Bendecia sus pechos virginales, que criaron al padre de todas las cosas. Bendecia sus santas manos, que tantas veces envolvieron al artifice del universo. Bendecia sus sagrados brazos, que tantas veces sostuvieron al que tiene suspendida de tres dedos toda la tierra. Bendecia su regazo, sobre el cual descansó

el que es el descanso de los bienaventurados. Bendecía su divina boca, que tuvo la dicha de pegarse á los labios divinos del hijo del eterno Padre. En estas bendiciones se derretia en lágrimas de dulzura acordándose de los gustos y contentos que su buena madre habia recibido en cada acto de estos, y le daba sus parabienes. De allí pasaba al interior de la Virgen y á la santidad que esta señora manifestó en los mismos misterios. Bendecía su fé singular, su maravillosa confianza, su ardiente caridad, su profunda humildad, su inmaculada pureza, su increíble modestia, su fé sobrehumana y todas sus otras virtudes, que miraba como un paraiso delicioso elegido por la santísima Trinidad para su huelgo. A cada parabien de estos añadia la salutacion angélica y las concluia todas con estas palabras: *Jesu suavissime, dignare me meam et tuam matrem super omnes speciosam ore laudare, corde admirari et imitatione subsequi*; que quieren decir: Dulcísimo Jesus, dignate de concederme que alabe con la boca á tu madre y la hermosa sobre todas, que la admire con el corazon y que la imite en mis acciones. Son indecibles las gracias que le hizo María santísima y las que le impetró en premio de su amor cordial y de sus devotos sentimientos. Por lo comun le prevenia con tanta copia de consuelos, que apenas podia él soportarlos; y como un dia le pidiese que le quitara sus dulcedumbres y las trocara en el conocimiento de los misterios que se contienen en las santas escrituras, y le desatara la lengua tarda y balbuciente para poder publicar mas fácilmente sus grandezas y las de su amado hijo, nuestra señora le otorgó ambas cosas con tanta liberalidad, que con dificultad podrian contarse los frutos que sacó de su predicacion en Polonia y en Alemania, de donde era natural.

V. Pero ¿qué extraño es que María aceptase los devotos sentimientos de estas almas justas, cuando tan ge-

nerosamente ha premiado otros que no merecian, si puede decirse así, tomarse en consideracion? Hace unos veinte y dos años se apareció á Martin Guttric, luterano aleman, y habiéndole predicho que le llevaria al cielo la víspera de Navidad, le mandó reconciliarse con la iglesia católica y disponerse á este tránsito con la recepcion del sacramento de la eucaristia. El hereje llamó al P. Federico Fournier, que predicaba entonces en la catedral de Bamberg, y le rogó le manifestara qué habia de hacer para cumplir las órdenes de la Virgen. El religioso admirado de la novedad quiso saber qué es lo que habria obligado á la madre de Dios á conceder aquella gracia; y el hereje le dijo que todas las mañanas rezaba siete Ave Marias y añadia estas palabras: Ruega por nosotros; y que lo mismo hacia todas las noches para recordar á la Virgen el gozo que recibió en la encarnacion del Verbo.

VI. Otro fruto de este mismo sentimiento es deleitarse con el pensamiento de sus perfecciones y congratularse con ella de sus grandezas. Santa Brígida supo por la Virgen este secreto, cuando le reveló nuestra señora cuán provechoso habia sido este ejercicio á un hijo recién muerto de la santa. Este mancebo no fué abandonado ni un punto de la Virgen á la hora de la muerte. Ella mitigó los dolores que le atormentaban en aquel terrible trance, no fuera que por esta causa flaquease el espíritu: ella le proveyó de los auxilios necesarios para aquel arriesgado viaje, y en cuanto el alma se separó del cuerpo, la condujo ante el juez para defenderla en el tremendo tribunal. Satanás no dejó de seguirla en desempeño de su oficio de acusador de los hombres y produjo los siguientes cargos contra la madre de Dios: «Justísimo juez, aunque conozco muy bien que mi causa está mal parada teniendo por adversaria á tu madre, no obstante confio tanto en tu justicia, que espero no la

niegues á tu enemigo, aunque sea contra tu misma madre. Me quejo á ti de haber sido agraviado por ella en dos cosas. La primera es que me ha negado enteramente la entrada durante la agonía de esa alma y no me ha permitido tentarla con arreglo á la facultad general que he recibido de tí. La segunda que correspondiéndome como á ministro de tu justicia traerte las almas, se ha metido ella á hacer mi oficio trayendo esta en sus brazos para presentarla á tu divina majestad. Pido justicia de estos agravios, justísimo juez.» El Salvador esperaba que replicase su madre, como lo hizo en estos términos: «Amado hijo mio, aun que Satanás es el padre de la mentira, no puedo negar lo que ha dicho y solo tengo que hacer presente á tu clemencia que me he visto precisada á obrar así; porque habiendo sido este mancebo tan aficionado á venerarme y congratularse conmigo, que preferia todos los contentos y gustos del mundo al gozo que de ahí le redundaba, y habiéndose ofrecido muchas veces á sufrir las penas eternas antes que consentir la menor diminucion de mi gloria, juzga, hijo mio, si podia yo hacer menos que socorrerle en esta necesidad.» El supremo juez satisfecho de esta respuesta terminó el juicio con estas breves palabras: «Mi madre tiene todo poder en mi reino y no está sujeta á la condicion de los demas: manda como reina y como señora y puede dispensar en mis leyes por un motivo justo como este: porque quien le ha tributado tanto honor, merece una asistencia especial. Asi no se hable mas de esto.» La madre entonces hizo una profunda reverencia á su hijo y condujo su siervo al cielo, mientras Satanás confuso y avergonzado se preparaba á vengarse del descalabro que habia sufrido.

VII. Para esto aprovecha una buena educacion, porque sin duda aquel piadoso mancebo lo habia aprendido de su devota madre, que lo practicaba, como se ve por el libro segundo de sus Revelaciones. Allí cuenta

que habiéndose postrado un dia ante la Virgen y quedando arrobada le dijo estas palabras: «Seas eternamente alabada, ó María madre de Jesus, y sea por siempre alabado tu hijo por todos los gozos que me ha hecho experimentar hasta aquí de la dicha que posees de ser su venerada madre. Le pongo por testigo á él, que no ignora nada de cuanto pasa en nuestro corazon, si no es verdad que amo mas sin comparacion á María, hija de Joaquin, que á mis propios hijos, y que preferiria que Brígida, hija de Birger, no hubiese visto la luz del dia antes que María, hija de Joaquin, no hubiese sido lo que fué: en fin me sería mas soportable verme sepultada en los infiernos que saber que María, hija de Joaquin, no era madre de Dios y reina del universo.» Merece copiarse la respuesta que le dió la Virgen: «Hija mia, has de tener por cierto que esa María, hija de Joaquin, á quien quieres tanto, valdrá mas para Brígida, hija de Birger, que esta para sí misma, y será mil veces mejor madre para los hijos de Brígida que esta misma, aunque sea buena.»

VIII. Ya que tocamos el punto de los parabienes, nunca me olvidaré de la singular piedad del antiguo pueblo de Efeso y de la insigne devocion que mostró á la Virgen. El año 431 del Señor fué convocado un concilio general en la ciudad de Efeso por el papa Celestino I, que ocupaba entonces la silla de S. Pedro. Le presidió S. Cirilo, patriarca de Alejandria, en calidad de legado de la santa sede, y asistieron unos trescientos obispos. Tratábase de la herejía de Nestorio, que blasfemando con sacrilega impiedad de Jesucristo y de su madre negaba á esta el título de madre de Dios. El lugar donde se juntó el concilio, fué la iglesia dedicada á nuestra señora. En esta ocasion se conoció claramente el zelo y cordial devocion de aquel pueblo por conservar los privilegios de la reina del cielo, porque en

cuanto se supo que los padres del concilio habian concurrido al templo, se juntaron á la puerta un número increíble de personas de ambos sexos y de todas edades y condiciones como para servir de guardia á los defensores de la Virgen, aterrar á sus enemigos y saber inmediatamente lo que se definiese en el concilio. Fueron tan importantes los asuntos tratados en él, que los padres estuvieron reunidos desde por la mañana hasta la noche, y el pueblo se mantuvo firme en su puesto, á pesar de que muchos se encontraban allí desde el amanecer. Cuando se abrieron las puertas del templo, todos se precipitaron para saber lo que se habia resuelto. Entonces se presentó el legado S. Cirilo y dió al pueblo la fausta nueva de que el concilio habia decidido mantener á la reina del cielo y de la tierra en sus derechos y privilegios y especialmente en el titulo glorioso de madre de Dios, y que el obispo que intentaba usurpársele, habia sido degradado de todo oficio y dignidad eclesiástica y desterrado á una isla desierta. Aquí siento que me tiembla la mano y que mi pluma es incapaz de expresar los sentimientos de gozo y las aclamaciones de júbilo de aquel pueblo reunido, porque los naturales de Efeso, que tan ciegamente habian adorado á la falsa diosa Diana, cuando recibieron la luz del Evangelio, profesaron inefable afecto de devoción á María, madre de Jesus. Durante algunos dias todo fué hacimientos de gracias y alabanzas al Salvador por haber tomado tan claramente la defensa de su santa madre, parabienes y aplausos á esta por haber sido mantenida en la posesion de sus títulos y en especial del de madre de Dios, y bendiciones á los padres del concilio por haber defendido animosamente la causa del cielo. En testimonio de honor el pueblo los acompañó á sus respectivas moradas con hachas encendidas y estrepitosas aclamaciones de júbilo. Todo fué festejos en la ciudad, gozo, vivas y aplausos á la Virgen primero y luego á los pa-

dres del concilio. S. Cirilo envió de Efeso una relacion de cuanto habia pasado, á su iglesia de Alejandria, como se ve en su epístola 34 y en las actas del concilio. Así la Virgen coronada de laureles y adornada de palmas triunfaba en la tierra y en el cielo, mientras su enemigo el desdichado Nestorio se preparaba para marchar á la pestifera isla de Oasis, donde habia de acabar sus dias cayéndosele las carnes á pedazos y especialmente su lengua sacrilega, que habia vomitado tantas blasfemias contra Jesucristo y su madre.

IX. El tercer fruto del mismo sentimiento es dar gracias á Dios por todas las que ha hecho á la Virgen, y emplear para este efecto las voces de todas las criaturas y particularmente de los espíritus bienaventurados. San Pablo, gran maestro de sabiduría celestial, entendia perfectamente este punto cuando rogaba á los fieles de Corinto le ayudasen tambien con sus oraciones, para que por el don que se le habia concedido por respeto de muchas personas, diesen unidas las gracias á Dios. Y como son incomparablemente mayores las que se han dispensado á la Virgen, por eso cree ella estar infinitamente obligada á los que bendicen con ella misma la infinita bondad de Dios. Esos son los vapores celestiales y agradables que suben de los incensarios de los santos en el Apocalipsis y regocijan á los moradores del cielo viendo que es sobremanera honrado el principe á quien sirven.

X. El último fruto es compadecer sus dolores, porque el amor no seria amor, si no tomase interés por la persona amada y no se afligiese y alegrase respectivamente con ella. La reina del cielo se quejó una vez á santa Brigida de que tan pocos cristianos la amasen de veras, alegando en prueba de ello que son pocos los que compadecen sus dolores. Si alguno desea saber qué contento reciben el Salvador y su santísima madre cuando compadecemos los dolores y tormentos que sufrieron por nosotros; lean lo que dice la misma santa en el libro

sexto de sus Revelaciones. Estaba un dia pidiendo á Dios con lágrimas por un enfermo muy distinguido y caracterizado segun el mundo; pero enteramente pechero delante de Dios. Su ferviente oracion llamó tan á tiempo á las puertas de la misericordia del Redentor, que mandó á santa Brigida enviase su confesor á aquel desdichado. El confesor fué primera y segunda vez, y siempre le halló obstinado y resuelto á morir en su triste situacion. Brigida ordenó de parte de Dios á su confesor que volviera tercera vez y le manifestara claramente que Jesucristo estaba dispuesto á salvarle, si él no oponia resistencia. ¡Cosa admirable! Estas palabras le ablandaron el corazon, y al punto sus dos ojos se convirtieron en dos fuentes de lágrimas. Declaró con palabras interrumpidas por los sollozos que nunca se habia confesado: que habia encanecido en el servicio del diablo, el cual se le habia presentado muchas veces y á quien se habia entregado en cuerpo y alma; y que habia descuidado enteramente hasta allí su salvacion y perdido toda esperanza de ella. En el mismo dia confesó cuatro veces los pecados de toda su vida y al siguiente recibió el sacramento de la eucaristia con unos sentimientos que no habia experimentado jamás. Al cabo de seis dias espiró animoso y lleno de confianza. De allí á poco tiempo nuestro Señor reveló á santa Brigida que aquel caballero habia ido al purgatorio mediante la contricion que le dió gratuitamente; pero lo que le habia obligado en cierto modo á concedérsela, eran las muestras de compasion que daba siempre que oia hablar de la espada de dolor de la virgen María.

XI. Y si unos sentimientos tan débiles y acompañados de tantas imperfecciones le agradan tanto; ¿qué será de aquellos que muestran las almas purificadas y favorecidas del cielo? Santa Margarita de Cortona, de la tercera orden de S. Francisco, á quien llamaban la pe-

nitente, pidió á nuestro Señor participar de los dolores que sintió su madre santísima al pie de la cruz. El Salvador le dió aviso de que se fuera á la iglesia de S. Francisco como á las nueve de la mañana, y ella concibió un sentimiento tan vehemente de los dolores del hijo y de la madre, que faltándole las fuerzas hubo que acudir á sostenerla. A eso de las tres de la tarde cuando Jesus espiró en la cruz inclinando la cabeza, ella la inclinó tambien y quedó sin movimiento hasta la noche. A resultas de este suceso recibió muchas y señaladas gracias de nuestro Señor: tan cierto es que Dios se deleita de que tomemos parte en los dolores de Maria y de Jesus (1).

§. IV.—El cuarto rasgo de amor es tener un afecto cordial á su sagrado corazon.

I. El esclarecido S. Ildelfonso nos anima á pasar adelante convidando nuestros corazones á amarla cuanto puedan, ya que nuestra lengua y nuestro entendimiento son demasiado débiles para alabarla. Paréceme que nada mas digno puede añadirse á lo dicho hasta aquí que la bella leccion que nuestro Señor mismo dió á santa Matilde. Descubrióle un dia los tesoros de dulzura y gracia que estan escondidos en los dos sacratísimos corazones, á quienes podemos llamar con razon dos fuentes vivas de todo bien, y le enseñó el modo de recurrir á ellos. El primero es el corazon abrasado de Jesus, único principe de amor, á quien aprendió Matilde á saludar de diversas maneras y á hablar en dulces coloquios. De esto se aprovechó en tales términos, que decia un dia con la ingenuidad propia de las almas santas que si estuvieran escritas las gracias que habia recibido ella por medio de este ejercicio, habria materia para componer un libro bien abultado. El segundo

(1) Véase al fin del tomo la Blemur, que va en la nota B. adición de la madre M. J. de